

Leonardo Padura, *La transparencia del tiempo*, Barcelona, Tusquets, Serie Mario Conde, 2018, 440 págs.

DOI: <https://doi.org/10.24197/cel.9.2018.CIX-CXI>

¿Cómo asomarse al Tiempo sin sentir vértigo? ¿Cómo amanecer diariamente empapado al máximo posible de ilusión y evitar la desesperanza? ¿Cómo abordar la condición humana en toda su miseria y su grandeza?

El celebrado escritor cubano Leonardo Padura (La Habana, 1955), el literato necesario, vuelve a ofrecernos respuestas en esta, su última novela, portadora de un enigmático, seductor y aterciopelado título: *La transparencia del tiempo*. De nuevo, un título compuesto de sustantivos, dos —¿para qué más?—, con toda su carga semántica, fonética y rítmica; precisamos sustantivos para reflexionar y asentarnos, para descubrir y ubicarnos.

Vayamos adentrándonos en la novela poco a poco, dando pisadas, dejando huellas de hechos, seres, ideas, conceptos y miradas.

La trama, como era de esperar en la serie Mario Conde, gira en torno a la desaparición de una virgen negra que, tras un largo viaje espacio-temporal desde el norte de África, pasando por Acre y después Cataluña, llega a Cuba en plena Guerra Civil española como polizón en un barril de sebo. El propietario de esa Nuestra Señora morena, con poderes milagrosos al parecer, resulta ser un antiguo compañero del ex comisario, y a él acude tras el robo de la misma.

Las pesquisas se suceden no sólo horizontalmente hacia el porvenir, viviendo el día a día desde el cuatro al dieciséis de septiembre de 2017, sino, y paralelamente, hacia lo que fue, desde 1989 hasta 1291; aquí radica uno de los puntos neurálgicos, uno de los mayores y más originales logros del relato: a partir de un punto en el espacio Padura se dirige hacia adelante y hacia atrás magistralmente. El viaje a tiempos acaecidos no se lleva a cabo desde un antes y desemboca en un después, no, parte de un ahora y desde entonces irá caminando hacia detrás —tal vez como el torero, sabedor de que nunca ha de perderle la cara al toro—.

La trama, entonces, se desdobra cual raíles que corren paralelos, si bien confluirán al conocerse las causas del robo.

Ambas realidades, presente/pasado, el mundo/La Habana, quedarán patentes también en los personajes: Conde y sus amigos y colegas sempiternos, su único y eterno amor, Tamara (esta vez visitada por el hijo y la hermana, Aymara), quienes consolidarán una vez más el hábitat íntimo del escritor, de su Habana; por la otra parte, la cadena de sospechosos, maleantes

en diverso grado, embusteros —entre los que destaca el propio Bobby, compañero de un muy joven Conde— como Elizardo Soler, René Águila, el catalán Jordi Puigventós y la mujer cataclismo Karla Choy, una china cubana capaz de quitarle el sentido a cualquier varón.

Entre ambos conjuntos se atisba en la lontananza, en una neblina confusa pero apacible, un ser que no termina de aparecer real, ni irreal; un ser del que básicamente se describen los ennegrecidos, agrietado y callosos pies. Se trata de un hombre que va dando pisadas por la Tierra y la Historia, por el Tiempo y su transparencia, a quien Conde divisa desde la azotea de su casa, desde el cielo en realidad, y a quien, tras varios intentos desafortunados, consigue entregar su propio calzado para que continúe caminando, viviendo. Aquel hombre, que incluso llega a felicitar al ex comisario en su sesenta cumpleaños —¡la cuarta edad!— nos recuerda el verso de un Machado palpitante: “Caminante, se hace camino al andar”.

Ello, no obstante, habrá de ir descubriéndolo y saboreándolo el lector.

Una llamada de atención sobre la dimensión más filosófica y reflexiva de Padura, del más maduro en tanto que pensador y creador, es la perspectiva temporal que, decíamos, aflora sigilosa pero sólidamente en el texto. El tiempo no son meramente historias, ni incluso la Historia, con mayúsculas, que el novelista cubano conoce perfectamente, y cuyas vísceras hace suyas; así se aprecia a partir de los análisis sobre la experiencia isleña en un diálogo inteligente y humano que tuvo lugar en Olot (Girona) al año pasado, dirigido por el Dr. Daniel Rodríguez Suárez y que ya es posible consultar en *youtube*. Padura trasciende, va más allá. En algunas perspectivas de civilizaciones ancestrales el Tiempo, partiendo de un punto concreto, se concibe hacia el futuro y/o hacia el pasado; en árabe, por ejemplo, el término *Abad* se refiere a la eternidad futura y *Azal* a la eternidad pasada, en origen. El deambular de esta transparencia del tiempo por presentes puntuales, futuribles, a la vez que viajar a un pasado, andado por un Antoni Barral —¿Conde?, ¿Padura?— atemporal, portador de la virgen milagrosa, es, creemos, uno de los principales logros de la novela, genuino en la versatilidad formal y conceptual del escritor cubano.

Y, en fin, dejando la puerta abierta a una posible brisa que mitigue el sofocante calor de la capital isleña —como siempre plural, criticada y amada— *La Transparencia del tiempo* nos reconcilia a los amantes de la literatura con ella misma; nos recuerda, una vez más, que la Literatura es, sin duda alguna y así tendrá que seguir siéndolo, un Arte.

Un último apunte: en la solapa de esta novela crepuscular, en descripción de su propio autor, aparece una foto que tal vez únicamente cobre su sentido pleno una vez leída, saboreada y aprehendida la obra.

ROSA-ISABEL MARTÍNEZ LILLO
Universidad Autónoma de Madrid / Universidad de Málaga
rosa.martinez@uam.es / rimartinez@uma.es